

„El pentecostalismo y el neopentecostalismo en el marco de la globalización y nuestra fe en el Espíritu Santo.“ In: Manuel Quintero (Hg.): Jubileo - fiesta del Espíritu. Quito: CLAI, 1999, S. 13-23. (Pfingst- und Neopfingstbewegung im Rahmen der Globalisierung und unser Glaube an den Heiligen Geist)

EL PENTECOSTALISMO Y EL NEOPENTECOSTALISMO EN EL MARCO DE LA GLOBALIZACIÓN Y NUESTRA FE EN EL ESPÍRITU SANTO

Heinrich Schäfer

No fue hace mucho que un misionero católico llegó a un paisaje remoto, muy, muy en el norte, entre Finlandia y Rusia. Allí encontró a un viejo lapón que veneraba sus dioses de antaño y no sabía nada del cristianismo. El misionero se puso a predicarle unos cuantos días y, por fin, lo bautizó. Lo metió en el agua de un lago y le dijo: “Ahora eres cristiano. Ya no te llamas Ovllá; de ahora en adelante te llamarás Pedro. Tienes que vivir de acuerdo con lo que Dios quiere y tienes que dejar tus vicios. Además, para honrarle al Señor debes dejar de comer carne los viernes, sino solo pescado.”

El misionero le dio más amonestaciones y se fue. A los cuatro meses quería ver qué estaba haciendo aquel nuevo cristiano, Pedro, y se encaminó a visitarlo. Llegando a la casa del lapón un viernes al mediodía, éste estaba comiendo un rico plato de carne.

El misionero se estremeció: “Pero, Pedro, tú que eres cristiano ¿has vuelto a tu vieja vida y ya no respetas al Señor comiendo carne los viernes?”

“¿Pero cómo?”, le respondió el lapón. “Esto no es carne, es pescado.”

“¿Pero si esto es un bistec, y además muy grande! Eso lo ve todo mundo”, le contestó el misionero.

“No es carne, es pescado”, insistió el lapón con toda tranquilidad. “Es que, tomé el pedazo, lo metí al agua y le dije: ‘Tú ya no te llamas res. De ahora en adelante te llamarás trucha.’”

Este chiste tiene que ver con una cierta forma de globalización, la globalización religiosa. Trata del intento de imponer un esquema de comportamiento religioso: el de no comer carne los viernes. Pero también trata de una estrategia de resistencia: la de bautizar la carne con el nombre de pescado.

La globalización como dominación y resistencia

Estos dos fenómenos: la dominación y la resistencia, se han podido observar durante mucho tiempo a lo largo del proceso en que se divulgó el modo de vida occidental (o sea, europeo-norteamericano) en todo el globo. Por un lado, la imposición forzada de un estilo de vida único y, por otro, estrategias de resistencia valorando lo propio y lo particular. Observamos al mismo tiempo globalización y regionalización; universalización de valores específicos y especificación de valores particulares; unificación impuesta y particularidad radical, etc. Al tiempo que Occidente busca imponerse por doquier, las culturas no-occidentales buscan afirmarse a sí mismas.

Para los protagonistas de la globalización es válido solo su propio estilo de economía, política y, en fin, de vida; podemos hablar, por tanto, de un fundamentalismo cultural. Para los que están a la defensiva, muchas veces no queda más que esta misma estrategia: decir que lo propio, lo suyo en particular, es la única manera válida de vivir. Es aquí donde se generan conflictos abiertos.

Si nos preguntamos quiénes son los que actúan en todo ello, y si simplificamos un poco el escenario, podemos distinguir **dos fuerzas mayores**: actores económica y políticamente poderosos, que propugnan la globalización, y actores relativamente débiles que tratan de proteger lo que tienen como propiedades culturales y económicas.

Los primeros, los poderosos, poseen un estilo de vida bastante homogéneo desde hace mucho tiempo. Esto se puede ver fácilmente en que los ricos de todo el mundo suelen tener las mismas preferencias de consumo y el mismo lenguaje para hacer sus negocios. Los últimos, los débiles —indígenas, negros afroamericanos, mestizos, trabajadores pobres,

peones filipinos, tanto como los sin casta en la India, agricultores africanos hambrientos, cazadores de la Amazonía etc.—, todos han tenido y tienen estilos de vida y economías muy diferentes, y también religiones muy diferentes.

Con su occidentalización, el mundo también ha sido acuñado con un cierto estilo de cristianismo: el occidental. La máxima expresión de este cristianismo es el protestantismo blanco norteamericano de este siglo, que incluye partes del pentecostalismo. También en el campo religioso vale lo que hemos visto en los campos económico y cultural: unos imponen un modelo dominante y los otros se ven forzados a desarrollar estrategias de defensa.

En otras palabras: unos quieren imponer el pescado los viernes, y otros buscan cómo quedarse con el plato de bistec acostumbrado. Ahora, ¿qué tiene que ver todo esto con los movimientos pentecostal y neopentecostal? Para responder esta pregunta, tenemos que esquematizar un poco. Por eso, ¡cuidado con los pentecostales! Lo que aquí presentamos no son los pentecostales y los neopentecostales. Más bien son dos polos de un espectro amplio, con mucha variedad. Pero vamos a ver como esos polos nos ayudan a organizar lo que vemos y experimentamos cada día.

Pentecostales y neopentecostales: hermanos distintos

Para gente ajena al mundo pentecostal, el pentecostalismo y el neopentecostalismo son muy parecidos. Pero existen importantes diferencias, que se observan muy bien en el origen de ambos movimientos. En los últimos diez años, los perfiles se han ido borrando un poco, pero siempre podemos ver —para seguir con la metáfora— quiénes comen el pescado insípido de la homogenización global, y de qué calidad, así como quiénes se quedan con su bistec popular, bautizado o no.

Para esta tarea, la distinción entre los movimientos pentecostal y neopentecostal resulta muy importante. La vamos a examinar, sobre todo, en la perspectiva histórica de sus orígenes, para desarrollar un marco general de orientación. Los dos movimientos nos servirán como polos de un continuo, en el cual se despliega la realidad pentecostal y neopen-

tecostal de ahora. Después añadiremos algunas observaciones sobre el estado actual de las cosas en América Latina, siempre con una mirada sobre el menú de las diferentes corrientes.

El pentecostalismo clásico

Como todos sabemos, el pentecostalismo comenzó a principios de este siglo en los EE.UU. como un movimiento de pobres y, sobre todo, de negros. La “iglesia primitiva” del pentecostalismo en Azusa Street, Los Angeles, era una comunidad de razas, hasta que los blancos se separaron y se fueron con la caja de la congregación. De allí quedó negra, y pobre.

La industrialización desigual y la discriminación racial en los EE.UU. marcaban pautas de marginación, que le quitaron la dignidad y la autoestima a mucha gente. Había pocas posibilidades de levantar una voz de protesta. El terremoto en California en 1906, además, trajo malos augurios para los tiempos venideros.

Para los pobres, sobre todo para los negros, en esa situación quedó el desafío de cómo autoafirmarse y seguir existiendo con dignidad. A su alcance estaba transformar la religión entusiasta que ya existía en el movimiento de santidad en EE.UU. En este proceso, el éxtasis cobró mucha importancia. Sobre todo el hablar en lenguas llegó a ser el elemento distintivo fundamental. Distinguía a ese movimiento de los marginados del resto del protestantismo; y lo calificó como lugar de una presencia divina especial. Además, la espera ardiente del fin del mundo, con el juicio sobre los impíos, mantenía vivo el sentido de la justicia frente a tanta injusticia sufrida.

No era una alternativa para aquella gente revivir tradiciones culturales africanas para su resistencia. Pero la práctica entusiasta contrarrestaba fuertemente el protestantismo puritano frío; y el hablar en lenguas garantizaba una verdad superior a los miembros del movimiento. Así se afirmaban en su dignidad contra un sistema de opresión, anudando prácticas religiosas habituales, o por lo menos conocidas, en el mismo sistema. Tenían que bautizar el bistec con el nombre de un pescado, pero sí comían bistec.

De esta manera también puede caracterizarse —según mi criterio— la situación actual de muchas comunidades pentecostales en América Latina. De eso vamos a tener oportunidad de hablar mucho más a lo largo de este congreso. El desarrollo de un pentecostalismo blanco de clase media en EE.UU. con misiones poderosas es otra historia; el pentecostalismo negro estadounidense sigue teniendo posiciones muy propias.

El neopentecostalismo clásico

Del pentecostalismo blanco, en los años cincuenta, se derivó el movimiento neopentecostal, también en Los Angeles. Y en algunas iglesias históricas de esa misma área nacieron comunidades carismáticas algunos años más tarde. Dicho sea de paso, nos falta el tiempo para profundizar sobre la distinción entre “carismático” y “neopentecostal”.

El nombre de Demos Shakarian se asocia estrechamente con el surgimiento del movimiento neopentecostal. Este rico hacendado se distanció de las Asambleas de Dios a raíz de que éstas no le concedían a él —como laico— ningún poder en la estructura eclesiástica de decisiones. Shakarian hizo lo que una persona pudiente cuando se siente rechazada: construyó su propio círculo de influencia. La organización más importante que fundó es la *Full Gospel Businessmen's Fellowship International*, la *Fraternidad Internacional de Hombres de Negocios del Evangelio Completo*.

En el neopentecostalismo, así como en el movimiento carismático temprano de los años cincuenta y sesenta, se aglutinaba gente de la clase alta y media acomodada. La *Blessed Trinity Society*, una agrupación temprana del movimiento carismático de Los Angeles, fue fundada y encabezada por la esposa de un líder de la empresa de aviación y armamento *Lockheed*. A los *Hombres de Negocios* estaban afiliados a nivel nacional empresarios multi-millonarios, como el cervecero Joseph Coors o Sanford McDonnell de *McDonnell-Douglas* (aviación y armamento), así como militares de alto rango. Según el poder económico y la pretensión de afirmar, asegurar y extender su dominio sobre la sociedad, se han desarrollado con el tiempo un sinnúmero de organizaciones misio-

neras, “*task forces*” (“tropas de choque”) cristianas, catedrales de cristal, últimamente una “tercera ola” del Espíritu, emisoras de televisión y mucho más por el estilo...

Un hermano presente en esa asamblea me contó lo siguiente, sobre la gran reunión neopentecostal-carismática en Brighton, Inglaterra, hace algunos años. Supuestamente era una reunión mundial. Pero la gran mayoría de los presentes eran blancos del Norte; ni siquiera los pentecostales negros de la misma Inglaterra habían sido invitados. El hermano contó de un gran mapamundi que podía ser iluminado a colores. Y donde se proyectaba el avance carismático/neopentecostal de tal manera que todo el globo poco a poco se pintó de un solo color: globalización occidental, pues, por la imposición de una sola manera de creer y vivir.

En la doctrina, un fuerte énfasis sobre la presencia y el poder del Espíritu Santo conferido a sus mismos miembros, se ha combinado en una gran parte de ese movimiento con una teoría de la prosperidad material para los miembros y con una amplia demonología, así como con sistemas cuasi escolarizados de exorcismo. Claro que el exorcismo se dirige contra todo que no está acorde con el proyecto de esa globalización religiosa.

De este modo, por ejemplo, el inventor de la “tercera ola”, C. Peter Wagner, hizo que los estudiantes del Seminario de Fuller exorcizaran su equipaje, después de visitar sitios arqueológicos de América Latina, a fin de expulsar los demonios indios que se pudieran haberse escondido dentro de los bultos.

Aquí se trata de que un cierto sector del cristianismo ha llegado a identificarse de lleno con el proyecto de la globalización occidental y le sirve con sus medios religiosos. Este tipo de religiosidad predomina más en las clases alta y la media acomodada de América Latina. En el menú de esta gente no se encuentra el tradicional bistec. Odian el bistec, pero tampoco comen cualquier pescadito; más bien se sirven langosta.

Entre los focos: la clase media baja actual en América Latina

En el último decenio la influencia de los predicadores de la prosperidad, de las tele-estrellas del exorcismo, crece en nuestro continente al mismo ritmo que la lógica neoliberal y la globalización en la economía. Incluso, miembros de iglesias humildes se sienten de alguna manera atraídos por los mensajes lubricados y brillantes de aquellos oradores.

Ahora, entre la gente realmente pobre, la influencia de esa globalización mental no supera mucho a la de la telenovela. Difícilmente sucede que este discurso contribuye a que se forme una asociación religiosa entre los marginados. Ni existen muchas probabilidades de que personas de los cinturones de miseria se sientan autorizadas y aptas a trepar los parques privados llenos de limusinas, pasar los guardias, a veces armados, y los portones representativos para pisar los pisos pulidos de los templos cristalinos de los ricos. No hay muchos que se atrevan a comprarse una camisa blanca nueva, un pantalón azul y un teléfono celular de puro plástico, para colocárselo en el cinturón y pagar así su tiquete de entrada a los reinos del poder y de la prosperidad visibles, si bien nunca alcanzables. Entre los pobres, el discurso de un Espíritu Santo empresario y prosperador no hará más que individualizar y atomizar más a las personas, consecuencia suficientemente problemática.

Para formar asociaciones con miras a la prosperidad, no obstante, se necesita un hábito de pretensión, propio de la clase media y, todavía, la media baja. Estas clases sociales siempre pretenden distinguirse por algo mejor y prosperar. Pero actualmente viven una amenaza concreta: las empresas transnacionales destruyen las pequeñas empresas nacionales; los seguros sociales ya no dan; los estados reducen sus burocracias; en fin, con la globalización del modelo neoliberal, hay muy poco espacio para la clase media. Pero ahí queda la pretensión de ascenso social. Y viene la promesa de prosperidad individual y familiar, milagrosamente mediante un negocio del creyente con Dios mismo: fe y diezmo contra prosperidad.

¡Eche usted afuera los demonios de la pobreza y de su propia ineficacia; trabaje, ahorre, ore, dé su diezmo y reciba la prosperidad milagrosa en medio del derrumbe social y económico!

¡Ya no piense, de ninguna manera, en su vieja costumbre de comer su bistec también los viernes! ¡Pretenda y exija comer langosta! ¡Usted verá que recibirá según su fe! Si bien esto es, en realidad, hacer pasar la chuleta dura de tiburón por filete de corvina reina.

Hablando de la clase media, tenemos que recordar también las iglesias largamente establecidas por las grandes misiones norteamericanas. Muchos de sus miembros se encuentran bajo presiones sociales similares a las que acabamos de mencionar, y sienten cierta atracción por los pretendidos profetas que hablan desde el cielo televisivo. En esas iglesias, ya se habitúan a la orientación en cuanto a valores occidentales y a una estabilidad económica a nivel relativamente bajo, pero seguro. Se come, pues, el pescado de la globalización, pero tratando de conseguirse su dorado.

Pentecostalismo pobre y ecuménico

Ahora, ¿qué les voy a contar yo de las experiencias de sus propias iglesias? Ustedes saben mucho mejor que yo cuantas iglesias pentecostales han surgido en este continente que ya no quieren aceptar que se les imponga un sistema económico de miseria y una cultura ajena: un pescadito deplorable de puras espinas, con sabor a cloaca y petróleo, servido por *Micky Mouse*, chorreado de Coca Cola y bendecido por santurrones que, a fin de cuentas, solo buscan su propia prosperidad.

Ustedes saben también cuántas iglesias pentecostales existen que sienten la presencia del Espíritu Santo, como fuerza de alegría y de vida, como empoderamiento para la resistencia, como fuente de creatividad para encontrar siempre nuevas soluciones en comunión y solidaridad.

Y, en cuanto al menú, ustedes saben en qué situaciones todavía es necesario bautizar la carne, para hacerla pasar por pescado y cuándo ha llegado el momento de decir con claridad: ¡nosotros comemos nuestro bistec popular, siempre y cuando nos dé la gana! O cuando se deciden todavía de otra manera diciendo: ¡prescindimos de todo aquello y —como acaba de decir una hermana—, nos asamos un rico pollo! La globalización cultural, ¡hasta aquí nomás!, nosotros tenemos lo nuestro.

El Espíritu Santo: Dios en lo particular

Permítanme, finalmente, algunas observaciones acerca del Espíritu Santo, surgidas durante mi trabajo de formación teológica con estudiantes pentecostales en varios países de este continente. Digo “formación”, insinuando que ha sido y sigue siendo un proceso *mutuo* de discusión y enriquecimiento. Añado estas reflexiones cortas ya que creo, como teólogo, que es útil para el movimiento pentecostal, frente a la globalización económica y cultural, trabajar en pneumatología. Es útil desarrollar de manera explícita lo que ya está presente en la práctica y dar pasos de reflexión más allá.

De este modo solo voy a exponer aquí algunas hipótesis tentativas, que parten de la siguiente pregunta básica: siendo que nuestras teologías giran alrededor de la persona del Espíritu Santo, ¿qué significado tiene, finalmente, este tema frente al desafío de la globalización?

El Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, es universal, global. Pero, me parece, lo es de una manera muy diferente a las fuerzas de la globalización económica, cultural y religiosa. Estas últimas tienden a universalizar en todo el globo una única forma de vivir, de pensar, de trabajar y de creer. O sea, son muy particularistas, porque solo permiten su propia manera de ser.

El Espíritu de Dios, de lo contrario, sabe estar presente en las formas más diversas de la vida. Está en la furia de un Sansón, igual que en la ternura con que Dios vivifica todos los seres vivientes (Sal. 104:30); está en la palabra de los profetas y en la actuación de un rey pagano como Ciro (Is. 45); da un nuevo corazón a todo el pueblo (Ez. 36:26 s.) y expulsa demonios a través de la palabra de Jesús; está presente en carismas especiales (1. Cor.) y en toda la creación (Rom. 8:18 a 25; Ez. 1:20, Gen. 1:2). Está dentro y fuera de la iglesia. Simplemente, sopla, donde quiere (Jn. 3:8).

El Espíritu de Dios no homogeniza, no iguala todo según un modelo único y normado. Más bien se hace presente en las prácticas y tradiciones más diversas, para crear vida, alegría y fe a partir de las condiciones que encuentra. La vida de los pequeños no se pierde frente a una pre-

tensión universalista y globalizadora, de un proyecto de evangelización mundial o algo semejante. Es más bien en la vida de los más pequeños, los más débiles, donde el Espíritu comienza a trabajar con lo que haya allí para crear y preservar la vida. El Espíritu Santo es global y universal, justamente en que **no** destruye lo particular, sino en que se hace presente en las condiciones más particulares para fomentar la vida allí mismo.

Si comprendemos nuestra fe en el Espíritu Santo de esta manera, esta fe puede ser la base para una solidaridad amplia y muy creativa, que no solo le haga frente a la globalización, sino que también, y más allá, desarrolle alternativas propias de una vida digna delante de Dios.

Considero, por ello, que es de altísima importancia para las iglesias pentecostales ecuménicas desarrollar una pneumatología propia, sobre la base de las Escrituras y de acuerdo con las condiciones de vida de sus miembros. Esto no será tarea teológica fácil.

Para terminar, quisiera mencionar sólo algunas preguntas que podrían ser pertinentes para tal tarea:

Sería fundamental reflexionar sobre la relación entre lo particular y lo subjetivo de las experiencias del Espíritu en nuestras iglesias, y el alcance universal del actuar del propio Espíritu.

El Espíritu que desciende sobre nosotros en el culto, ¿no es también el Espíritu creador y vivificador de toda la creación?

El Espíritu que nos hace danzar en el culto, ¿no es el que también crea la alegría en otros seres?

El Espíritu que nos hace hablar en lenguas, ¿no es también el Espíritu que proclamaba la justicia en la boca de los profetas?

El Espíritu que nos mueve a fundar iglesias, ¿no mueve también a otros movimientos sociales que luchan por la justicia, la paz y la integridad de la creación?

El Espíritu que nos sana y expulsa los demonios de una vida sin dignidad entre nosotros, ¿no lo haría también con otros medios en otras culturas?

Y, quizás lo más problemático e más importante:

El Espíritu que nos hace confesar a Cristo, ¿no podría ser el mismo que hace que se confiese a Dios también en otras religiones, bajo otros nombres?

La globalización, la unificación desde arriba, no se combate con una unificación desde abajo. Esto sería seguir la misma lógica, sólo que a la inversa. Nosotros, más bien, podemos confiar en que el Espíritu Santo se hace presente en lo particular, lo diverso y lo pequeño en maneras diferentes y mucho más allá de los confines de nuestras iglesias; y se hace presente al mismo tiempo entre nosotros, prestándonos su fantasía creativa y creadora, para encontrar alternativas de vida dondequiera que estemos, en Laponia o en América Latina.



JUBILEO

La Fiesta del Espíritu

*Identidad y Misión del
Pentecostalismo Latinoamericano*

Contribución a la conferencia "Jubileo: fiesta del Espíritu",
convocada por la Conferencia Evangélica Pentecostal
Latinoamericana, La Habana, 23 al 28 de setiembre de 1998.

© Derechos Reservados
Comisión Evangélica Pentecostal Latinoamericana (CEPLA)
Calle Korea 102, No. 102
S-17, La Pomona
P.O. Box 388
Telefax: (5861) 237-205
Maracaibo, Zulia
Venezuela

Producido por el Departamento de Comunicaciones del
Consejo Latinoamericano de de Iglesias –CLAI–
Inglaterra N32-113 y Mariana de Jesús
Telefaxes: (593-2) 553-996 / 529-933
E-mail: manuel@clai.ecuanex.net.ec
Casilla 17-08-8522
Quito, Ecuador

Editor: Manuel Quintero
Portada: Iván Balarezo
Diagramación y Coordinación Editorial: Amparo Salazar

Prohibida toda reproducción parcial o completa sin autorización del autor
Impreso en Ecuador
Abril, 1999